

*H*UMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO
DE
ESTUDIOS HUMANISTICOS

24



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
1997

EL LEVIATAN A MEDIAS. FASCISMO Y TOTALITARISMO EN LA ITALIA DE MUSSOLINI

Giampiero Buccì

Un perfil

Una de las razones por las cuales el fascismo es casi desconocido fuera de Europa, radica en su carácter de fenómeno local, relacionado con momentos particulares de la historia europea: la crisis de la posguerra, la del '29, la difícil y contradictoria modernización de sociedades agobiadas por rezagos sociales y políticos. Se ha hablado de fascismo argentino y japonés¹ y hasta norteamericano, en relación al caso Goldwater, pero sólo se han podido encontrar analogías. Esto, sin duda, circunscribe el problema, pero hay un factor que lo complica: la necesidad de distinguir entre el fascismo-movimiento y el fascismo-régimen. Esta diferencia, que se debe al historiador italiano Renzo De Felice separa las *intenciones* de fascismo subversivo de las *realizaciones* del régimen una vez instalado en el poder. Gracias a este enfoque se revela un fenómeno polifacético y contradictorio, pero vivo y real, y se entiende por qué el fascismo ha podido resistir a evidentes fracasos históricos.

En todo caso es posible describir una tipología del fascismo que abarca ambas caretas:

- a) Ideología: el fascismo es una doctrina irracionalista que cree en la acción más que en la discusión, en las minorías activas más que en las mayorías pasivas, en el líder más que en las asambleas.

¹ Véase: M. Maruyama, *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics*, London, 1963 y G. Germani, *Integración política de las masas y el totalitarismo*, Buenos Aires, 1956.

Universidad de Nuevo León
 Biblioteca Universitaria
 Capilla Alfonso de León

298
 299
 Krasnauer, Susanna (1997) *El estado y el campo en el campo a través del siglo*.
 Verónica (comp.) (1996) *Mujeres en el campo a través del siglo*.
 Universidad Autónoma de Nuevo León.
 CONARTE CONACULTA, México.
 Waldeck Rauh (1992) "Zur Produktion des schwachen Geschlecht".
 Kämpferschichte.
 eines Weiblichkeitsideale. In: *Feministische Studien*, vol. 2, no. 2.
 Frankfurt/Main.
 Wachsborn, Elke (1996): "La salud es lo que se le da".
 Die Inszenierung der Gesundheit.
 practices of rural Mexican women studied from a gender perspective.
 Universidad Agraria de Wageningen.
 List, Elisabeth (1994) *Reproduktion und Geschlechterpolitik*.
 Prolegomena zu einer
 feministischen Theorie der Menschlichkeit. In: Herta Nagl-Doering
 (comp.) *Feministische Epistemologie*. Editorial Oldenbourg, Vienna,
 Munich.
 Lorey, Isabell (1993): "Der Körper als Text und das aktuelle Selbst. Butler
 und Foucault".
 In: *Feministische Studien*, vol. 2.
 Mathofer, Andrea: *Geschlecht als Beziehungsweise*. Editorial Ulrike Helmer,
 Frankfurt/Main.
 Rivera Carretero, María-Milagros (1995): *Textos y Espacios de Mujeres*.
 Europa Siglo
 IV-XV. Icaria, Barcelona.
 Schücking, Beate (1994): "Schwangerschaft - (K)eine Krankheit". In:
 Zeitschrift für Frau-
 enforschung, vol. 12, no. 4.

b) Política: el fascismo intenta crear un régimen de masa basado en la movilización continua de las masas y en su contacto directo con el jefe. Otro elemento esencial es el partido, que posee carácter milita y controla los centros de formación e información.

c) Dinámica social: se esfuerza por valorizar a la pequeña y mediana burguesía, promoviéndolas a puestos de mando, utilizando al partido como canal de ascenso social.

d) Economía: tiende hacia un régimen mixto, aceptando la propiedad privada, pero supeditándola a los "superiores intereses" de la nación (corporativismo). De aquí un crecimiento de la presencia del estado, que se convierte en mediador en los conflictos laborales e intenta transferir el control de la economía de las manos privadas a las de burócratas de formación política.

e) Instituciones: identifica la nación con el estado, despojando a éste último de su típica tarea liberal, la de mediador entre ciudadanos libres en sus esferas privadas. De aquí el carácter totalitario de las instituciones bajo el fascismo.

En esta tipología faltan tanto el fascismo como el antisemitismo, que, esenciales en el nacional socialismo alemán, no aparecen en el fascismo italiano sino hasta 1938, y además en forma muy superficial.

Para que el cuadro sea completo, es preciso esbozar las contingencias históricas en que el fascismo ha nacido y crecido. Donde y cuando:

a) Instituciones: países de súbditos más que de ciudadanos, cuyas instituciones liberales son jóvenes y todavía no arraigadas en las costumbres políticas de las masas.

b) Políticas: sistemas parlamentarios en crisis de representación, sin salida institucional visible. Problemas de definición de las fronteras nacionales.

c) Economía: crisis económicas contingentes o estructurales.

d) Sociedad: fuerte movilidad social y crisis de los valores tradicionales; problemas de regreso a la normalidad de los ex-movilizados, dificultad de convivencia entre etnias.

Por lo pronto estas consideraciones nos permiten marcar las diferencias entre el fascismo y los movimientos conservadores o reacciones, como el Salazarismo portugués o el Franquismo.

Estos últimos, en realidad, se inspiran en el Llegitimismo *ultras* de la Francia contrarrevolucionaria, rechazan tanto el liberalismo como la democracia, y abogan por el regreso a una sociedad jerárquica, paternalista y católica. El fascismo es otra cosa. Nos puede ser útil, para comprender esta diferencia, lo que escribe en propósito René Rémond:

"Está claro que el fascismo no tiene mucho que ver con el conservadurismo político y social, y tan sólo por abuso de este término se le ha confundido con la "reacción". (...) Por lo contrario, nada hay más refractario a las seducciones del fascismo que las derechas clásicas: estas últimas se inspiran en ideas políticas opuestas. (...) la derecha tradicionalista ha nacido como reacción a los principios de 1789: (...) Ahora bien, no solamente el fascismo no reniega de la Revolución, sino que la presupone, porque su existencia y sus principios implican los principios de 1789. Tan sólo después de la Revolución puede surgir el fascismo, que pone al origen del poder el mismo principio de la democracia: la soberanía popular. (...) la derecha social quiere mantener o revivir la jerarquía social, mientras que el fascismo tiene que luchar en contra de las autoridades tradicionales. (...) Lo que pasa es que el fascismo es un movimiento de gente venida a menos, de nuevos ricos, de aventureros, que nada tienen que ver con los prohombres".²

En otras palabras el fascismo, este "hereje de la democracia", es, junto con el bolchevismo, un fenómeno moderno, y es por eso que desemboca en el totalitarismo. Esta es, cuando menos, la opinión de aquellos estudiosos que han identificado y descrito este último como la peculiar creación política de nuestro siglo.

² R. Remond, La Droite en France, Paris 1968

El totalitarismo

Otro El primero en comprender el carácter novedosos, moderno, del totalitarismo fue Jaques Maritain. A su sensibilidad católica no escapa el carácter seudoreligioso de esta fe política, cuyas raíces se encontrarían en la ruptura de la unidad espiritual provocada por el Renacimiento y la Reforma. La respuesta a esta crisis es una "reacción absolutista" caracterizada por una "profunda hipocresía", porque, a pesar de la importancia concedida a lo espiritual, en realidad lo político lo que se afirma. De aquí nace la reacción exitosa del racionalismo y del liberalismo, una filosofía de la libertad "que hace de cada individuo abstracto (...) la fuente del derecho y la verdad". A este punto el proceso de disolución ya está maduro, porque, en efecto, "el liberalismo era una fuerza negativa, que vivía en función de un obstáculo, (...). Con la caída del obstáculo, ya no puede seguir de pie". A esta debilidad del liberalismo se añaden los conflictos internos y una transformación de la vida social que provoca una reacción violenta: "brotes revolucionarios y (...) reflejos de defensa de orden biológico". De aquí, de la angustia, nace el totalitarismo:

"(...) estas reacciones no tienen otra fuente interior, en la vida de las almas, que no sea la angustia física y moral, y un exceso de sufrimiento. Ahora, todo esto puede suscitar heroísmo, fe, una abnegación casi religiosa, pero desperdicia estos manantiales de espiritualidad, porque no puede crear otros. De esta manera, la unidad política de la comunidad sólo se puede alcanzar por medio de la pedagogía política y la fuerza. (...) Y puesto que, para la solidez de la unidad política, se precisa un acuerdo interior de voluntad y pensamiento, se hará el esfuerzo de crear a fuerza una seudounidad intelectual y espiritual. Toda la maquinaria de astucia y violencia del maquiavelismo se lanza sobre la conciencia, intentando violar esta fortaleza espiritual, para arrancar un amor y un consenso que necesita desesperadamente. Y esto provoca una violación de los santuarios invisibles".³

Claro que fascismo y comunismo son diferentes, porque el segundo "estimula y deforma, al mismo tiempo, un proceso real de la existencia (...) por medio del cual una nueva civilización tiene que nacer de la destrucción del mundo burgués", mientras que el primero sólo es "una defensa en contra de este proceso existencial", y tiende "a mantener a la

³ J. Maritain, *Humanisme intégral*, Paris, 1936

historia en el marco del capitalismo". Y sin embargo su afinidad nace de su contraposición: "el comunismo suscita y alimenta reacciones de defensa de tipo fascista o racista, y éstas, a su vez, provocan reacciones de tipo comunista. Así ambos crecen al mismo tiempo, el uno contra el otro, haciendo ambos del odio una virtud, dedicándose a la guerra, de clases o de naciones, exigiendo para la comunidad al amor que sólo puede darse a Dios, y rebajando al hombre al humanismo inhumano y ateo de la dictadura del proletariado, o al humanismo idolátrico de Cesar o zoológico de la raza y de la sangre".⁴ A este punto Maritain intenta una prógnosis: al fascismo no le queda otra que llevar las naciones a "mutuas destrucciones, que dejarían a Europa a la merced de la conquista de parte de otros continentes".⁵

En la posguerra el totalitarismo se convierte en un tema de moda, aún por la necesidad, polémica, de demostrar afinidades entre comunismo y fascismo. A causa de esto muchos estudios carecen de valor científico. Entre los que, en cambio, sí lo tienen, se encuentra *The Twentieth Century*, de Hans Kohn, escrito en 1949.

Según Kohn el origen de totalitarismo se debe de buscar en la crisis del racionalismo que caracteriza el final del siglo XIX: la exaltación de la "vida" y su contraposición a la "razón" terminaron por provocar el cambio del "cogito ergo sum" al "agitamus, ergo sumus". La primera guerra, hija de este clima intelectual, hizo madurar la situación, destruyendo a una moral colectiva junto con la clase que la representaba, la clase media. La sociedad de masas de la posguerra ya no tiene el arma de la razón, y cae en una *Verzauberung* del mundo, (...) "en la reaparición de brujos y taumaturgos, capaces de utilizar, ahora, las masas desamparadas, y las empuja hacia "la impaciencia y el desprecio de la razón, de los arreglos y de progreso lento." Nace así una actitud que transforma los necesarios contrastes en conflictos, y las convicciones en religiones, opuestas pero hijas de la misma matriz:

(...) el totalitarismo moderno afirma una pretensión al absolutismo parecida a la de la fe medieval. La visión de la vida de los que se adhieren al fascismo a al comunismo es totalmente ajena a la tradición occidental de la razón y al liberalismo, dispuesto a admitir que, además de su propio

⁴ *Ibidem*

⁵ *Ibidem*

camino hacia la verdad, pueden existir otros. Esta actitud permitía tanto la libertad de conciencia como el individualismo. Lo que había perdido en certeza, Occidente lo había ganado en amplitud de visiones y libertad. El fanatismo de los totalitaristas nace del carácter absolutista de su fe. La certeza de la verdad salvadora les proporciona la firmeza; el opositor siempre se equivoca, por eso no puede darse ningún arreglo. En esta ortodoxia secularizada el rigor que nada teme es como un servicio para alcanzar la meta. La certeza totalitaria de la victoria se finca en una confianza escatológica falta de conexiones morales".⁶

Según Kohn la movilización de las masas es la principal diferencia entre el fascismo y el autoritarismo tradicional: "Las dictaduras totalitarias son, por su carácter "democrático", fenómenos típicos del siglo XX: movimientos de masas. (...) El hecho de que las masas siguieron a hombres como Stalin o Hitler no se pueden explicar tan sólo con el terror. Hay un vínculo que une a los jefes con sus pueblos, (...) Hitler no conquistó a las masas alemanas, sino que las representó, (...) vulgarizando para ellas algunas de las grandes tradiciones intelectuales y políticas de Alemania".⁷

En los Cincuenta aparece, por obra del filósofo católico italiano Augusto Del Noce, otra interesante interpretación del totalitarismo, influenciada por Maritain, pero original en muchos puntos. Del Noce interpreta al totalitarismo en el marco de la secularización y del ateísmo, pero también de la interpretación leninista del joven Marx: "en la afirmación de que la filosofía ya no se expresa en la forma de sistema (comprensión, autoconciencia, de una totalidad realizada), sino en las realizaciones de una totalidad, en la construcción de una sociedad sin clases en que la universalidad del pensamiento será el resultado de la supresión de las clases, (...) esta tesis es el desarrollo más consecuente de aquella negación radical del pensamiento platónico-cristiano que es contenida en la idea marxista del hombre social (de aquí viene el esencial anticristianismo del totalitarismo)".⁸ Los orígenes del totalitarismo, en suma, por encontrarse en el activismo del joven Marx, serían más marxistas que fascistas, y el fascismo paga este pecado original con la imposibilidad de ser más que una versión irracionalista del comunismo.⁹

⁶ H Kohn, *The Twentieth Century*, New York, 1949

⁷ *Ibidem*

⁸ A. Del Noce, *Il fascismo*, Bologna, 1961, cit. En: R. De Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Bari, 1969

⁹ Véase: A. Del Noce, *Il problema dell'ateismo*, Bologna, 1964

El mayor estudio del totalitarismo se lo debemos a Hannah Arendt. Según la estudiosa alemana el totalitarismo nace de tres factores que se producen y colaboran entre sí al principio del siglo: el imperialismo, la caída de los sistemas de clase, y el nacimiento de la sociedad de masa. La primera guerra mundial mezcla estos factores en un conjunto que acaba por destruir la sociedad del siglo XIX, borrando las clases sociales, que constituían, para bien o para mal, un elemento de identificación para el individuo: "En la sociedad clasista, el hecho de pertenecer a cierta clase social dependía del nacimiento (...). El estatus social era decisivo para la participación política del individuo, (...) quien nunca se relaciona directamente con los quehaceres públicos, ni tenía responsabilidad alguna en su gestión. El ascenso social de una clase siempre se acompañaba con la capacitación profesional de cierto número de miembros en el arte político, (...). Que de esta manera la mayoría del pueblo quedara excluida de la política y de los partidos, no preocupaba a nadie, (...). El derrumbe de la muralla protectora de las clases trajo consigo el derrumbe de los sistemas de los partidos, sobre todo porque estos, que seguían siendo organizaciones de intereses, ya no tenían nada que representar. Los representantes de las viejas clases estaban interesados en su sobre vivencia, y soñaban con el retorno del viejo orden por medio de los partidos. Estos últimos empezaron a dar un tono cada vez más ideológico a su propaganda, haciéndose cada vez más nostálgicos y apologéticos. Además, habían perdido ya el apoyo de las masas pasivas, que nunca se habían ocupado de la política porque pensaban que los partidos existían para defender a sus intereses. De esta manera, el primer signo del ocaso no fue la desertión de los viejos militantes, sino la imposibilidad de encontrar nuevos entre las generaciones jóvenes, además de la pérdida del consenso y del apoyo de las masas desorganizadas (...). El derrumbe de la muralla protectora de las clases transformó a las minorías adormecidas, hasta entonces remolcadas por los partidos en una gran masa, desorganizada y amorfa, de individuos llenos de odio que nada tenían en común sino la idea que (...) los miembros de la comunidad más preparados e inteligentes eran en realidad unos locos, aliados de las potencias dominantes para llevar, por estupidez o maldad, a todos los demás a la ruina".¹⁰

Estos enjambres humanos compuestos de individuos egocéntricos y desligados de relaciones políticas básicas, ya no se asocian por razones de intereses gremiales o de clase, sino por odio hacia el viejo sistema y para

¹⁰ H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, 1964

escapar a la sensación de aislamiento y soledad que es el legado de la desaparición del mundo burgués: "La principal característica del hombre-masa no es la brutalidad, sino el aislamiento y la falta de normales relaciones sociales".¹¹

La escasa capacidad política de esta gente la hizo, además, especialmente sensible a las modernas técnicas de propaganda, que no planteaban, como medio de lucha política, la discusión, sino la destrucción del adversario:

Los movimientos totalitarios europeos, tanto los fascistas como los comunistas después de 1930, escogían sus militantes entre aquella masa de gente indiferente a la política que todos los demás partidos habían dejado de un lado, por ser demasiado apática o estúpida. El resultado fue que en su mayoría fueron compuestos de personas que nunca se habían ocupado de política. Esto permitió la introducción de métodos totalmente nuevos de propaganda y de una actitud de indiferencia hacia los argumentos de los adversarios (...). No teniendo la necesidad de confutar las opiniones contrarias, preferían recurrir a métodos de terror o de guerra civil.¹²

Es esta la razón, según Hannah Arendt, de la identidad de los movimientos totalitarios, a pesar de las diferencias de ideología y programas.

De este resumen no puede faltar *Totalitarianism Dictatorship and Autocracy*, de Carl J. Friedrich y Brzezinski, que contiene un útil paradigma de todos los aspectos del fenómeno totalitario:

1. "Una ideología elaborada que consiste en un *corpus* de doctrinas que abarca todos los aspectos de la vida, y (...) orientada hacia un estadio final perfecto de la humanidad. Esta doctrina, pues, contiene una afirmación quiliástica basada en el rechazo radical de la sociedad existente y en la conquista del mundo por una sociedad nueva.

2. Un partido único de masa, liderado por un hombre, el "dictador", y el consistente en un pequeño porcentaje de la población (alrededor del 10%) masculina y femenina con un fuerte núcleo apasionada y ciegamente

¹¹ Ibidem

¹² Ibidem

entregado a la ideología, (...) parecido partido es organizado en forma jerárquica y oligárquica, y, por lo general, es superior a la burocracia gubernamental, o se identifica con ella.

3. Un sistema de terror, tanto físico como síquico, (...) dirigido no solamente en contra de los enemigos del régimen, sino también en contra de determinadas partes de la población; utiliza en forma sistemática (...) la psicología científica.

4. Un monopolio (...) de todos los medios de comunicación de masa.

5. Un monopolio (...) de todos los instrumentos de lucha armada.

6. Un control centralizado y la guía de toda la economía, por medio de el coordinamiento burocrático de entidades corporativas un tiempo independientes" (...).¹³

Aún teniendo un conocimiento superficial de las diferencias entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, está claro que tan sólo el segundo merece ser clasificado entre los regímenes propiamente totalitarios. En esto coincide la mayoría de los autores, tanto historiadores como sociólogos, que han estudiado el fenómeno. Por ejemplo, para Maritain: "Es digno de nota que, allá donde la palabra "totalitarismo" se afirmó por primera vez, el principio totalitario haya sido doblegado por la resistencia de la Iglesia católica".¹⁴ Lo mismo afirma Hannah Arendt: "el fascismo (...) no fue un verdadero régimen totalitario, sino una normal dictadura nacionalista, nacida de las dificultades de una democracia multipartidista".¹⁵ Podemos afirmar, en resumidas cuentas, que a la construcción del modelo totalitario se ha llegado viendo a la URSS estalinista y a la Alemania hitleriana, más que a la Italia de Mussolini. A la razón de esto dedicaremos unas breves reflexiones.

Work in progress

¹³ C. J. Friedrich y Z. K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, (Mass.) 1965

¹⁴ J. Maritain, ob. Cit.

¹⁵ H. Arendt, ob. Cit.

Según hemos visto, condición y fin del totalitarismo es el control total de una sociedad desde un centro, el partido y el dictador. Para lograrlo es preciso vencer las resistencias de aquellas partes de la población que no se identifican con la ideología del movimiento. Es esto que confiere al totalitarismo ese especial carácter de lucha y movilización continua que falta totalmente en los regímenes liberales. De aquí nace una especial ventaja, muy bien muy bien aprovechado por la propaganda: el carácter constantemente inconcluso del régimen, que puede justificar sus faltas con la resistencia de los adversarios. Las diferencias de opinión, que en un sistema liberal serían normales, en el totalitarismo se convierten en actos de sabotaje, útil para reforzar *ad infinitum* la movilización y, por ende, al sistema. Esclarecido este punto, está claro que cualquier totalitarismo queda chico si es comparado con sus sueños de control total. Esto me lleva a rechazar el concepto de "totalitarismo perfecto" e "imperfecto" que se maneja en los estudios sobre las diferencias entre Alemania, URSS e Italia en los Treinta. Creo que el totalitarismo no puede ni quiere ser totalitario, sino que aspira a una útil imperfección. Todo es cuestión, entonces, de grado de totalización y de medios empleados para lograrlo. En este sentido se puede aceptar la diferencia entre las creaciones de Hitler y de Mussolini. El porqué de estas diferencias radica en los diferentes contextos históricos y en las maneras en que los dos dictadores llegaron al poder. Vamos a verlas en forma comparativa.

El comentario más lapídeo sobre las diferencias entre el fascismo y el nacional socialismo lo encontramos en una nota del diario de Joseph Goebbels, escrita en el otoño de 1943: "(Mussolini) no es un revolucionario, como lo son el Führer y Stalin. (...) le faltan las cualidades del revolucionario y del subversivo a nivel mundial".¹⁶ Muy acertado, pero también muy unilateral, porque la creación de un sistema totalitario no depende por entero de la intención de un hombre, sino de las circunstancias en que este hombre, el dictador, tiene que operar para hacer viable su intención totalitaria. No cabe duda que para Hitler la transformación de Alemania en sentido totalitario fue más simple que la misma tarea en Italia para Mussolini. Esto se debe, creemos, a varias razones:

A) Hitler llega al poder a raíz de la crisis del '29, cuando en Alemania hay millones de desempleos, y el régimen de Weimar se ha mostrado

¹⁶ Goebbels, Diarios, cit. en: F. W. Deakin, *The Brutal Friendship*. London, 1962

B) incapaz de dar respuesta al problema. En estas condiciones aún los ciudadanos más conservadores abogan por la "subversión". Esto facilitó la tarea a Hitler. Dejando de un lado la compleja cuestión de la naturaleza antidemocrática de la tradición política alemana, así como la de la fragilidad de su liberalismo, es evidente que el arraigado sentido de la disciplina de la población alemana se prestó para un intento totalitario.

B) Si en esto haya jugado un papel la confesión luterana con su tradición de sumisión al poder lo podemos dudar, porque el nacionalsocialismo tuvo seguidores fanáticos tanto en las regiones protestantes como en las católicas. Lo que sí impresiona es que el alto sentido cívico de los alemanes favoreció a Hitler. Una amarga paradoja.

C) La Alemania de los Treinta es un país moderno, culto y plenamente industrializado, es decir, acostumbrado a la disciplina de fábrica: la gente lee los periódicos, escucha el radio y asiste a espectáculos cinematográficos, lo que facilita la difusión de las ideas y las prácticas totalitarias.

Examinemos ahora el caso de Italia:

A) Mussolini llega al poder en un régimen que no está realmente en crisis, y lo hace solamente con el fin de detener una revolución "roja" más imaginaria que real. Su movimiento llega a ganar las elecciones de 1924 tan sólo en una coalición conservadora, mas nunca llega a ser mayoritario, y en ningún momento tiene la fuerza de subvertir las instituciones, que más bien apoya y "revitaliza". El resultado de esta debilidad fundamental del fascismo fue la cohabitación con los dos poderes tradicionales de Italia: la Monarquía y la Iglesia. Y el resultado de esta cohabitación fue el intento de un totalitarismo que se quedó en las intenciones, y que sirvió sobre todo para movilizar una población poco amante de la política y permitir a Mussolini seguir creyéndose un revolucionario.

B) Italia tampoco, en los Veinte, tenía una tradición liberal y democrática pero además su cultura estaba caracterizada por lo que se ha llamado "familismo anarcóide". En otras palabras, al italiano de los Veinte le faltaba mucho para ser un buen ciudadano, y eso tanto en régimen liberal como en uno totalitario.

C) Italia de los Veinte era un país relativamente atrasado, de escasa cultura técnica y de pocos recursos: limitada parte de la población tenía acceso a los periódicos y al radio. En este sentido el fascismo, al impulsar en los años Treinta la cultura de masa, jugó un papel de modernizador.

Dicho esto, podemos enfocarnos en las afinidades y las diferencias culturales y caracteriales de los dictadores. Ahora sí, podemos darle la razón a Goebbels. No cabe duda que, comparado con Hitler, Mussolini es un estadista tradicional, que pertenece a la escuela autoritaria de los Bismarck o de Napoleón III, más que el revolucionarismo apocalíptico de nuestro siglo. Su política nunca tuvo los rasgos de una utopía racista decidida a cambiar la cara del mundo, sino que se limitó al intento de transformar a Italia en una potencia mundial. Al fin y al cabo por las mismas razones los gobiernos liberales la habían arrastrado, renuente, en la Primera Guerra. Si bien las dos biografías presentan rasgos sociológicos comunes, las formaciones culturales de los dos dictadores son diferentes: Mussolini, bien o mal, se ha formado a contacto con la cultura moderna (Nietzsche, Pareto, Sorel), y de su milicia socialista le queda un humanitarismo al estilo Víctor Hugo, capaz de templar las asperezas del carácter; Hitler, en cambio, se ha criado en los basureros de la literatura racista, y su desprecio hacia la humanidad no alemana es abismal. Si a esto añadimos las diferencias entre los caracteres nacionales, el cuadro se completa.

Si, como dice Hannah Adrendt, el totalitarismo revela su cara más típica en el *lager* y en el *gulag*, no cabe duda de que Italia nunca fue un país totalitario. El totalitarismo alemán fue un modelo de cómo hubiera sido el mundo si Hitler hubiera ganado, el totalitarismo italiano fue un intento, fallido en gran parte, de modernizar a fuerza a un país que había perdido muchas citas con la modernidad. Otra paradoja: en esto el fascismo se parece más al estalinismo que al nacionalsocialismo.

Goebbels, *Diarios*, ed. de F. W. Deakin, The Social Friendship, London, 1962

UN SIGLO DE PSICOANALISIS El sujeto ante la post-modernidad

Manuel Contreras Ramos.

Unas palabras acerca del mundo.-

La revista Humanitas reaparece como un síntoma de los tiempos que vivimos. En medio del huracán de la historia, la universidad viene a recordarnos que si bien hemos avanzado mucho como especie en el desciframiento de la naturaleza, -incluido nuestro cuerpo en esa categoría-, gracias al progreso de la ciencia, seguimos siendo un enigma para nosotros mismos justamente en lo que nos distingue como humanos: nuestro (llamémosle así por ahora) espíritu.

La historia avanza geoméricamente. Si hace unos meses leíamos acerca de la ovejas clonadas y lo que significan: nuestra reproducción posible a imagen y semejanza; y al día siguiente nos enteramos de que muy pronto será posible transplantar el cerebro en un cuerpo nuevo, gracias a que se ha descubierto la forma de re-inervar la médula espinal, lo cual significa que la prolongación por tiempo indefinido de la experiencia individual mediante el cambio de cuerpo nos acerca cada día más a la inmortalidad; ayer pudimos ver la superficie de Marte en nuestra propia televisión; hoy podemos comunicarnos instantáneamente y ver al mismo tiempo la imagen de nuestro interlocutor situado a miles de kilómetros de distancia; ¿qué nos aguarda mañana? La sorpresa ya no radica en la naturaleza. Efectivamente, la naturaleza es vista ahora con *naturalidad*.

Es ahora nuevamente, nuestro viejo desconocido, el ser humano, quien vuelve al centro de nuestra curiosidad. Los helenos recuperan su inmanencia. Recurrimos a ellos porque a pesar de los progresos, la humanidad sigue destruyendo al mundo y a sí misma. Nunca antes el